

Misa Dominical

Para la celebración dominical y la pastoral litúrgica

15, 22, 29 de agosto y 5 de septiembre de 2021

REPRESENTACIONES ARTÍSTICAS DIVERSAS EN ORIENTE Y OCCIDENTE

Ya en el siglo V se celebraba en Jerusalén una fiesta el 15 de agosto que pronto se denominó «Dormición de María», título que conservan las Iglesias de Oriente. En el siglo VII fue adoptada por la Iglesia romana, con este mismo nombre, pero posteriormente pasó a llamarse «Asunción de María». Las representaciones artísticas de la fiesta tienen acentos diferentes en Oriente y en Occidente. Fijándonos en los siglos

XV y XVI encontramos, por un lado los iconos orientales: María tendida en su lecho de muerte, rodeada por los doce apóstoles, entre los que está Jesús que lleva en brazos a un niño; simboliza el alma de su Madre, que será llevada al cielo. Por otro lado varios pintores occidentales: la composición tiene dos o tres niveles. En Tiziano (1516) hay tres. El inferior: la tumba vacía, también rodeada por los apóstoles. El del medio: María elevándose hacia el cielo rodeada de una multitud de ángeles. El superior (en muchos pintores este nivel no está): Dios Padre entre dos ángeles; el de su izquierda sostiene la corona con la que María será coronada (la fiesta de María Reina actualmente se celebra ocho días después, día en que antes se celebraba el final de la octava de la fiesta). La definición dogmática del 1 de noviembre de 1950 concluyó un largo proceso de siglos en que esta fiesta se fue perfilando y definiendo.

Asunción de María

D. 21 del tiempo ordinario / B

D. 22 del tiempo ordinario / B

D. 23 del tiempo ordinario / B



REZAR EN LA LITURGIA

(Catequesis del papa Francisco sobre la oración.
Audencia general del 3 de febrero de 2021)

En la historia de la Iglesia, se ha registrado en más de una ocasión, la tentación de practicar un cristianismo intimista, que no reconoce a los ritos litúrgicos públicos su importancia espiritual. A menudo esta tendencia reivindicaba la presunta mayor pureza de una religiosidad que no dependiera de las ceremonias exteriores, consideradas una carga inútil o dañina. En el centro de las críticas terminaba no una particular forma ritual, o una determinada forma de celebrar, sino la liturgia misma, la forma litúrgica de rezar.

De hecho se pueden encontrar en la Iglesia ciertas formas de espiritualidad que no han sabido integrar adecuadamente el momento litúrgico. Muchos fieles, incluso participando asiduamente en los ritos, especialmente en la misa dominical, han obtenido alimento para su fe y su vida espiritual más bien de otras fuentes, de tipo devocional. En los últimos decenios, se ha caminado mucho. La Constitución *Sacrosanctum Concilium* del Concilio Vaticano II representa el eje de este largo viaje. Esta reafirma de forma completa y orgánica la importancia de la divina liturgia para la vida de los cristianos, los cuales encuentran



en ella esa mediación objetiva solicitada por el hecho de que Jesucristo no es una idea o un sentimiento, sino una persona viviente, y su misterio un evento histórico. La oración de los cristianos pasa a través de mediaciones concretas: la Sagrada Escritura, los sacramentos, los ritos litúrgicos, la comunidad. En la vida cristiana no se prescinde de

la esfera corpórea y material, porque en Jesucristo esta se ha convertido en camino de salvación. Podemos decir que debemos rezar también con el cuerpo: el cuerpo entra en la oración.

Por tanto, no existe espiritualidad cristiana que no tenga sus raíces en la celebración de los santos misterios. El *Catecismo* escribe: «La misión de Cristo y del Espíritu Santo que, en la liturgia sacramental de la Iglesia, anuncia, actualiza y comunica el misterio de la salvación, se continúa en el corazón que ora» (núm. 2655). La liturgia, en sí misma, no es solo oración espontánea, sino algo más y más original: es acto que funda la experiencia cristiana por completo y, por eso, también la oración es evento, es acontecimiento, es presencia, es encuentro. Es un encuentro con Cristo. Cristo se hace presente en el Espíritu Santo a través de los sig-

nos sacramentales: de aquí deriva para nosotros los cristianos la necesidad de participar en los divinos misterios. Un cristianismo sin liturgia, yo me atrevería a decir que quizá es un cristianismo sin Cristo. Sin el Cristo total. Incluso en el rito más despojado, como el que algunos cristianos han celebrado y celebran en los lugares de prisión, o en el escondite de una casa durante los tiempos de persecución, Cristo se hace realmente presente y se dona a sus fieles.

La liturgia, precisamente por su dimensión objetiva, pide ser celebrada con fervor, para que la gracia derramada en el rito no se disperse sino que alcance la vivencia de cada uno. El *Catecismo* lo explica muy bien y dice así: «La oración interioriza y asimila la liturgia durante y después de la misma» (íbid.). Muchas oraciones cristianas no proceden de la liturgia, pero todas, si son cristianas, presuponen la liturgia, es decir la mediación sacramental de Jesucristo. Cada vez que celebramos un bautismo, o consagramos el pan y el vino en la Eucaristía, o ungimos con óleo santo el cuerpo de un enfermo, ¡Cristo está aquí! Es él que actúa y está presente como cuando sanaba los miembros débiles de un enfermo, o entregaba en la Última Cena su testamento para la salvación del mundo.

La oración del cristiano hace propia la presencia sacramental de Jesús. Lo que es externo a nosotros se convierte en parte de nosotros: la liturgia lo expresa incluso con el gesto tan natural del comer. La misa no puede ser solo «escuchada»: no es una expresión jus-

ta, «yo voy a escuchar misa». La misa no puede ser solo escuchada, como si nosotros fuéramos solo espectadores de algo que se desliza sin involucrarnos. La misa siempre es celebrada, y no solo por el sacerdote que la preside, sino por todos los cristianos que la viven. ¡Y el centro es Cristo! Todos nosotros, en la diversidad de los dones y de los ministerios, todos nos unimos a su acción, porque es él, Cristo, el protagonista de la liturgia.

Cuando los primeros cristianos empezaron a vivir su culto, lo hicieron actualizando los gestos y las palabras de Jesús, con la luz y la fuerza del Espíritu Santo, para que su vida, alcanzada por esa gracia, se convirtiera en sacrificio espiritual ofrecido a Dios. Este enfoque fue una verdadera «revolución». Escribe san Pablo en la carta a los Romanos: «Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que ofrezcáis vuestros cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual» (12,1). La vida está llamada a convertirse en culto a Dios, pero esto no puede suceder sin la oración, especialmente la oración litúrgica. Que este pensamiento nos ayude cuando se vaya a misa: voy a rezar en comunidad, voy a rezar con Cristo que está presente. Cuando vamos a la celebración de un bautismo, por ejemplo, Cristo está ahí, presente, que bautiza. «Pero, Padre, esta es una idea, una forma de hablar»: no, no es una forma de hablar. Cristo está presente y en la liturgia tú rezas con Cristo que está junto a ti.

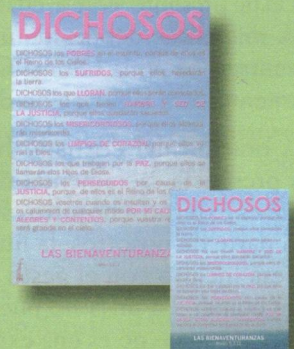
Bajo tu amparo

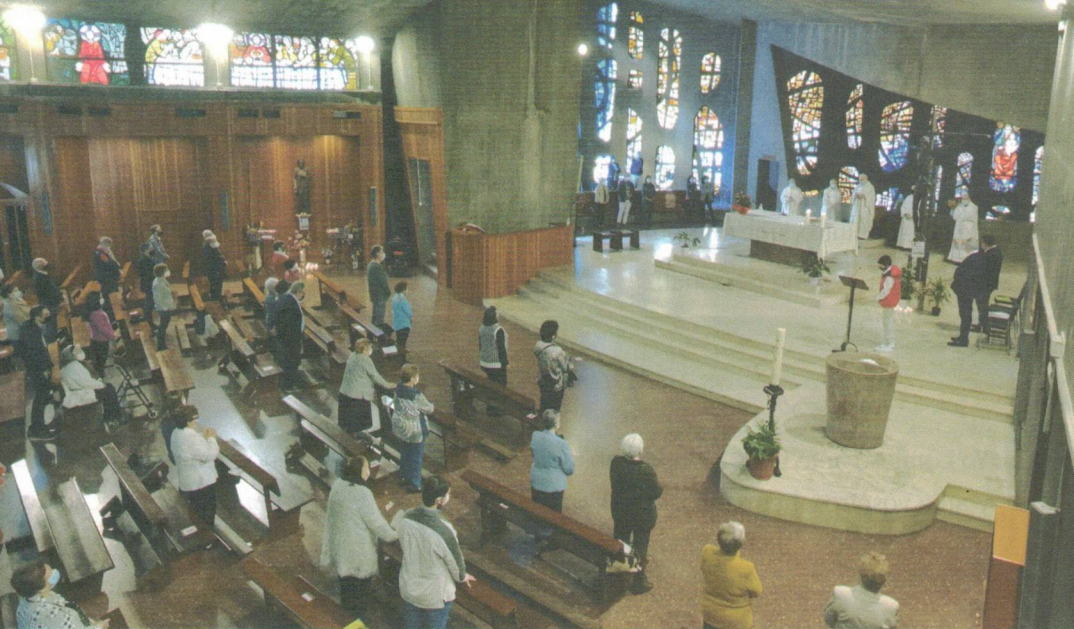
En esta entrega de *Misa Dominical* que coincide con la solemnidad de la Asunción de la Bienaventurada Virgen María, que además este año cae en domingo, queremos recordar que disponemos de un cartel y una hojita para esta fiesta. La imagen reproduce una pintura de la Virgen de la Misericordia que se conserva en el Museo de la catedral de Palma (Mallorca), donde aparece santa María con los brazos extendidos, protegiendo con su amplio manto a una multitud de fieles. Acompaña esta imagen el texto (traducido) del bonito himno «Sub tuum praesidium», la oración más antigua a la Virgen María que se conserva (siglo III). El papa Francisco, desde el inicio de la pandemia, nos propuso dirigirnos a santa María con esta oración. Una buena ocasión, pues, para recuperarla y promoverla, pidiendo a la Virgen que continúe amparándonos bajo su manto protector.



Las Bienaventuranzas

En la anterior entrega de MD 10 os ofrecimos una muestra de la hojita «La familia cristiana» con el subtítulo «Iglesia doméstica y fermento de vida nueva para la sociedad» (*Amoris Laetitia* 292) y la oración a la Sagrada Familia del mismo papa Francisco, con su cartel correspondiente. En esta entrega de MD 11 os presentamos el cartel de las «Bienaventuranzas», con su hojita correspondiente, muy útil para cualquier oración.





EL ACTO PENITENCIAL DE LA MISA

Como sabemos, dentro de los ritos iniciales de la misa (OGMR, 46-54) está el acto penitencial. El celebrante invita a los fieles a arrepentirse y, después de un breve silencio, la comunidad pide perdón al Señor. Lo explica la *Ordenación General del Misal Romano* en su núm. 51.

El misal prevé hacer esta confesión con tres fórmulas posibles:

1ª - La oración del «Yo confieso», que todos pronuncian a la vez.

2ª - El diálogo «Señor, ten misericordia de nosotros. Porque hemos pecado contra ti. Muéstranos, Señor, tu misericordia. Y danos tu salvación».

3ª - Las tres invocaciones seguidas del «Señor, ten piedad / Cristo, ten piedad / Señor, ten piedad».

A continuación, el celebrante pronuncia la conclusión que, aunque en algún lugar se llame «absolución general», no tiene en absoluto la eficacia del sacramento de la penitencia.

Inmediatamente después del acto penitencial se dicen las tres invocaciones «Señor, ten piedad / Cristo, ten piedad / Señor, ten piedad» (OGMR, núm. 52). Cada invocación la canta (o dice) preferentemente el cantor o el coro, y todos la repiten. Propiamente, estas invocaciones no forman parte del acto penitencial; ahora bien, si se ha usado la tercera fórmula, ya están incluidas y, por lo tanto, no se repiten.

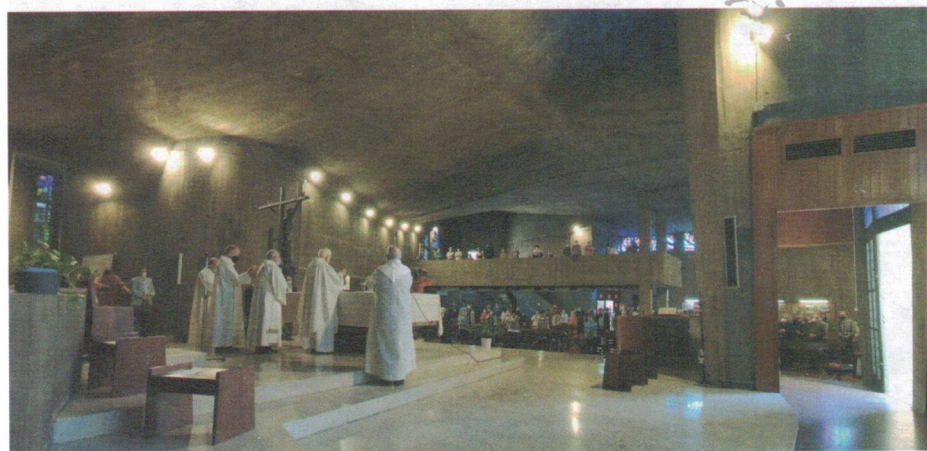
En las páginas centrales de esta hoja verde presentamos un esquema muy detallado.

Hay que tener en cuenta la posibilidad, en los domingos (sobre todo en tiempo pascual), de sustituir el acto penitencial por el rito de la aspersión del agua bendita en memoria del bautismo. Y también que, si la misa empieza con un rito propio (la bendición de las candelas el día de la Candelaria, la conmemoración de la entrada del Señor en Jerusalén el Domingo de Ramos, los salmos de la Liturgia de las Horas, el encendido del cirio correspondiente de la corona en los domingos de Adviento...), se omite el acto penitencial.

Los ritos iniciales de la misa terminan a continuación con el himno del «Gloria a Dios» (los domingos –excepto Adviento y Cuaresma–, fiestas, solemnidades y otras celebraciones solemnes) y la oración colecta (OGMR, núm. 53-54).

Es bueno alternar estas tres fórmulas:

- ♦ Durante el Tiempo de Cuaresma, por ejemplo, puede ser más adecuada la primera.
- ♦ También durante la Pascua, como hemos dicho, es aconsejable sustituir el acto penitencial por el rito de la aspersión.
- ♦ La tercera fórmula tiene la ventaja de que permite muchas variantes, algunas adaptadas a los tiempos litúrgicos y otras que son más adecuadas a según qué fiestas.
- ♦ La segunda fórmula es la que se usa menos, y vale la pena conocerla también. Por su referencia a la misericordia, en *Misa Dominical* recomendamos el uso de esta fórmula durante el Año Santo de la Misericordia (2016). Después, sin embargo, vale la pena conservarla y usarla regularmente. En los lugares donde no se sabe de memoria puede ser conveniente, al menos durante los primeros días, citar la página del cantoral de MD donde los fieles pueden encontrar el texto, o bien repartirlo, publicarlo en la hoja parroquial, o proyectarlo en la pantalla...



JORNADA DE ORACIÓN POR EL CUIDADO DE LA CREACIÓN

El próximo día 1 de septiembre se celebrará la Jornada Mundial de Oración por el Cuidado de la Creación, una jornada que el papa Francisco estableció después de la publicación de su encíclica *Laudato si'*. Recordemos que, con motivo del 5º aniversario de este documento, que supuso un gran impulso de la concienciación ecológica, no solo desde el punto de vista cristiano, sino también como gran aportación al mundo de hoy, también el Papa propuso un año especial para reflexionar sobre esta encíclica y sobre el cuidado de la creación (del mayo del 2020 al mayo del 2021). Por este motivo en *Misa Dominical*, durante todo este año 2021, publicamos en la penúltima página la sección fija «¡Grito de la tierra, grito de los pobres!», en la que el padre Bernabé Dalmau nos ofrece 16 recortes de la encíclica con sus correspondientes comentarios. Hoy os ofrecemos también un artículo titulado, *Dimensión sacramental de la creación*, del delegado de juventud de la diócesis de Terrassa.

Aprovechamos para recordar algunos materiales que hemos publicado en MD sobre este tema:

- Un resumen de la encíclica (hoja verde, Oración 59)
- Un recopilatorio de oraciones ecológicas (hoja verde, Oración 62)
- Una propuesta de meditación y oración: camino de conversión ecológica (hoja verde, Oración 76)

- Otra propuesta de oración con san Francisco de Asís: por la creación, con los pobres, por la paz (hoja verde, Oración 77)
- El Padrenuestro nos lleva a la conversión ecológica integral (hoja verde, Oración 82)
- Más oraciones para el cuidado de la creación (hoja verde, Oración 84)

También hemos publicado dos carteles y una hojita:

- Cántico de las criaturas de san Francisco de Asís (Oraciones 5), también en formato hojita
- Cuidemos de la creación (Vida cristiana 14)



E intentamos de vez en cuando hacer eco de este tema en las oraciones de los fieles de la Hoja para la celebración. Esperamos como siempre, que estos materiales sean útiles.

DIMENSIÓN SACRAMENTAL DE LA CREACIÓN

El papa Francisco en la *Laudato si'* nos dice que la creación es un protosacramento, un signo visible de la presencia, la bondad y la belleza del Dios trinitario. Por tanto, observamos que a partir de las cosas creadas podemos tener un conocimiento natural de Dios. Todo en la naturaleza tiene «un valor propio» (LS 69), y una dimensión sacramental. Por lo tanto necesitamos «madurar una espiritualidad» (LS 240) y una mística que nos abran los ojos, para que podamos experimentar «la íntima conexión que hay entre Dios y todos los seres» (LS 234). La teología de la creación debe ser potenciada y las celebraciones litúrgicas deberían reflejar mejor nuestra profunda relación con la creación.

La liturgia de la Iglesia es el ejercicio del ministerio sacerdotal de Cristo, efectuado a través de los ritos y símbolos que muestran el vínculo que existe entre lo visible y lo trascendente. Por lo tanto, los sacramentos son signos visibles de la realidad oculta de la salvación que usan elementos de la naturaleza material para hacer visible lo invisible, realizando eficazmente la gracia que significan. Y también muestran la dimensión escatológica de la creación porque «todo lo bueno que hay en ella será asumido en la fiesta celestial» (LS 244).

Sin embargo, el pecado ecológico rompe las relaciones vitales que nos unen a Dios, al prójimo y a la creación. Los problemas ambientales tienen raíces éticas y espirituales, porque son el resultado del corazón humano herido. Sin la gracia divina, el esfuerzo humano resulta superficial e incapaz de transformarnos interiormente como también para cambiar el mundo desde dentro.

El primer paso en el camino de la conversión ecológica es el examen de conciencia. Necesitamos examinar nuestras vidas y reconocer los propios errores. La contrición ocupa el primer lugar entre los actos del penitente, y puede ser perfecta, cuando brota del amor de Dios (LS 219). A veces nos olvidamos de nuestra responsabilidad en relación con los demás seres vivos. El pecado no solo rompe la relación con Dios y con el prójimo, sino también con la tierra.

Un problema en el ámbito internacional es el de la «deuda ecológica» entre el norte y el sur. Su restitución haría necesario que se cuidase la naturaleza de los países más pobres, proporcionándoles recursos financieros y asistencia técnica. Debemos ser conscientes de que, cuando el hombre desobedece a Dios y se niega a someterse a su potestad, entonces la naturaleza se rebela y ya no lo reconoce como Señor.

La gravedad de la actual crisis ecológica es una llamada urgente a tomar conciencia de nuestros pecados contra la naturaleza, a «una profunda conversión interior» (LS 217) y, por lo tanto, debe incluir la dimensión ecológica en la celebración del sacramento de la reconciliación. Esta invitación del papa Francisco está apoyada por datos científicos que indican la gravedad de la situación. Pero esta actitud implica gratuidad y conciencia amorosa «de formar con los demás seres del universo una preciosa comunión universal» (LS 220).

GUILLERM LÓPEZ
presbítero de la diócesis de Terrassa,
delegado diocesano de juventud
(publicado en la revista digital *Bon Pastor*,
núm. 134, mayo 2021)

¡Grito de la tierra, grito de los pobres!

Por Bernabé Dalmau, a partir de la encíclica «Laudato si'» del papa Francisco

La función armónica de cada criatura

Cuando insistimos en decir que el ser humano es imagen de Dios, eso no debería llevarnos a olvidar que cada criatura tiene una función y ninguna es superflua. Todo el universo material es un lenguaje del amor de Dios, de su desmesurado cariño hacia nosotros. El suelo, el agua, las montañas, todo es caricia de Dios. La historia de la propia amistad con Dios siempre se desarrolla en un espacio geográfico que se convierte en un signo personalísimo, y cada uno de nosotros guarda en la memoria lugares cuyo recuerdo le hace mucho bien. Quien ha crecido entre los montes, o quien de niño se sentaba junto al arroyo a beber, o quien jugaba en una plaza de su barrio, cuando vuelve a esos lugares, se siente llamado a recuperar su propia identidad.

«Alabado seas, mi Señor, con todas tus criaturas, especialmente el hermano sol, por quien nos das el día y nos iluminas» (*Laudato si'*, 84 y 87).

Llega el momento que el Papa en su encíclica cita todo el cántico de san Francisco. En medio de los retos y de las inquietudes para dar a nuestro mundo la dignidad y la belleza que el Creador le ha regalado desde los orígenes, los santos se sobreponen a la prosaica realidad para elevarnos el espíritu y recuperar la esperanza de que la humanidad sabrá corregir sus errores para fomentar una verdadera fraternidad y adaptarla así al plan que Dios quiere.



ISSN 1887-8202 / D.L.: B.18.369-1975